



URVIO, Revista Latinoamericana de  
Estudios de Seguridad

ISSN: 1390-3691

revistaurvio@flacso.edu.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias  
Sociales  
Ecuador

Garcés, Chris

El poder de la pólvora: apuntes sobre la paramilitarización

URVIO, Revista Latinoamericana de Estudios de Seguridad, núm. 10, noviembre, 2011,  
pp. 123-133

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales  
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=552656554008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# El poder de la pólvora: apuntes sobre la paramilitarización

## *Firepower & Paramilitarization*

■ Chris Garcés<sup>1</sup>

### Resumen

Este ensayo analiza los efectos de amplio alcance de la proliferación de las armas de fuego y la posesión de armas de mano usando una película etnográfica sobre las formaciones paramilitares en Colombia. Explorando las dimensiones autoritativas y de acción de la portación de armas y su violencia espectral, se demuestra cómo el “poder de la pólvora” cambia las distinciones de género y generacionales a través de los barrios periurbanos, tal vez especialmente cuando se despliega para consolidar intereses privados. La portación normativa de armas se convierte en un signo de masculinidad y una fuente garantizada de sustento para hombres jóvenes que viven en La Sierra, Medellín, lo que revela un nivel en el cual no sólo las relaciones paramilitares sino las relaciones estatales ordinarias naturalizan el poder de la pólvora dentro y fuera de las comunidades locales, un aspecto políticamente central pero peligroso del emergente orden público-privado.

**Palabras clave:** armas de mano, paramilitares, violencia, soberanía, Estado, Colombia.

### Abstract

This article examines the ethnographic film *La Sierra*, contextualizing its documentary account of paramilitary violence in Colombia against a wider backdrop of local and interstate transformations, as well as the inefficacy of political critique to mitigate armed cruelties. In particular, I demonstrate the urgency of rethinking the firearm in today's world as a troublesome masculinist social technology of and for the rearrangement of gendered and generational differences amongst its primary users: the urban and working class poor.

**Keywords:** firearms, paramilitaries, violence, sovereignty, State, Colombia

<sup>1</sup> Postdoctoral Fellow, Departamento de Anthropología de Cornell University. El autor recibió en el 2009 el doctorado de Princeton University con una tesis titulada “Whither Charity? Andean Catholic Politics & the Secularization of Sacrifice.” Una selección del manuscrito ha salido publicado en la revista académica *Cultural Anthropology* (v. 25, n. 3, Agosto 2010) Actualmente, el autor está trabajando en el análisis de las intersecciones andinas entre raza, caridad, y soberanía en relación a la actualidad humanitaria desde la época colonial hasta el presente.

**S**i existiera una alegoría para la vida social del poder de las armas de fuego —más específica que el contexto global panamericano—, se parecería a las escenas iniciales de *La Sierra*, el laureado documental del 2005 sobre los paramilitares en el barrio de Medellín del mismo nombre. Tales grupos irregulares de milicia urbana, armados, localizados en suburbios marginales y que se dedican ostensiblemente a la autodefensa del barrio, son el verdadero sujeto de esta película. La narrativa empírica sigue a los capitanes, soldados, amantes y familias de una sola unidad paramilitar a través de los deseos y formas de violencia en intersecciones imposibles de rastrear plenamente, revoloteando alrededor de sus vidas; sin embargo, yo argumento que la más profunda y asombrosa revelación de la película es el espectro —claramente liberado en el inquietante material tomado en *La Sierra* pero generalmente mal entendido desde Chicago a Juárez o desde Bogotá a Buenos Aires— de una región, ciudad o barrio asediado por otro: me refiero, por supuesto a las dimensiones lúdicas, i.e. de la autoridad y de la performatividad, de la portación de armas.

*La Sierra* demuestra mejor que cualquier otro trabajo de crítica social o literaria latinoamericana, al menos hasta la fecha, cómo la portación normativa de armas se convierte en una fuente de sustento y en un signo de masculinidad para los jóvenes que crecen en barrios urbanos marginales. Este par de fuerzas inseparablemente entrelazadas, que designo con el término “poder de la pólvora”, yace en el corazón mismo de las transformaciones políticas, culturales, pedagógicas e incluso sexuales que están tomando forma en las ecologías urbanas y estatales de hoy en día.

Este ensayo no es un intento de mapear un campo de investigación interdisciplinaria en la portación de armas y sus mundos subexplorados, sino una empresa más circunscrita de rastrear algunos de los filos de un problema

cercanamente relacionado; es decir, hasta qué nivel el poder de las armas de fuego se ha vuelto un modo de autoridad peligrosamente reproducible y empática en estados democráticos que están experimentando rápidas desregularización económica y privatización. Aquí, sin embargo, podríamos considerar inicialmente unas pocas cuestiones respecto a las experiencias subjetivas y las aplicaciones de la tecnología de las armas de fuego. Pues ¿qué significa, en la práctica, portar un arma de fuego? La capacidad de los aparatos explosivos de monopolizar la autoridad (o el poder legal de colapsar la distancia moral, históricamente atribuida a la monarquía soberana) fue efectivamente “democratizada” a través de casi toda América con el surgimiento de los primeros Estados poscoloniales.

En tanto que los Estados organizados democráticamente hoy en día privilegian la portación de armas como una metáfora básica para el autogobierno masculino (por ejemplo, la inmunidad política de los militares y/o la policía, la protagonización del colono armado, la fantasía de un pistolero recto más allá de la ley, etc.), explorando esta tecnología moral dominante pero malentendida, y su necesaria “rutinización” periódica debería tener valor para la crítica internacional. Sin importar los debates públicos alrededor de la legitimidad del poder de la pólvora dentro de los militares, la policía y las fuerzas de seguridad privadas, la condición epistemológica subyacente de la existencia explosiva de la pólvora es siempre ignorada.

¿Podemos conocer hasta dónde una persona que posee armas de fuego puede, pensando contra la corriente de la opinión popular y experta, ser poseído por las mismas? ¿Es posible —o incluso imaginable— desactivar el poder de la pólvora? Tales preguntas abiertas respecto a las miríadas de aplicaciones de la tecnología de las armas típicamente resaltan el problema de la soberanía y el ejercicio del poder soberano trascendente del siglo XX (cf. Shmitt 2006). Fue durante este período cuando Weber notablemente definió

al Estado como una ‘reivindicación exitosa al monopolio sobre la violencia legítima’, llamando la atención de todos a los procedimientos evaluativos raramente hechos públicos (las funciones tradicionalmente intersubjetivas y los rituales tácitos de ejercer autoridad política sobre materias de vida o muerte) que se comprende el reinado burocrático-moderno, ‘mundial’ y ‘perpetuo’.

La “Crítica de la violencia” de Walter Benjamin (1978) extendió esta línea de averiguación para iluminar el carácter maniqueísta de la soberanía, o de las dos caras de la moneda, de la ley aceptada como justicia; es decir, las reivindicaciones soberanas del Estado están establecidas a través de una relación entre la violencia creadora de leyes (usual y espectacularmente cruel, y a menudo bastante arbitraria) y la violencia preservadora de la ley (casi siempre deliberadamente calculadora, justa y restituida). Para la correctiva de Benjamin, sin embargo, la violencia creadora de leyes y la violencia preservadora de la ley siempre trabajan en tándem: la primera nunca totalmente separada de la última, aun en la sociedad estatal más democráticamente soberana y pacífica.

Weber y Benjamin llaman la atención hacia una situación normativa armada, si no completamente organizada, alrededor de la delegación de la violencia, un problema intrínseco a las condiciones de la modernidad política. Bajo contextos de violencia estatal normalizada, “el poder de la pólvora” en sí puede ser definido como el establecimiento autoritativo y de acción de relaciones legítimas de fuerza a través de prácticas de portación de armas, pero estas prácticas siempre derivan su mismísima “relacionalidad”, hablando subjetivamente, de la estructura de desbalance en los deseos de género, generacionales y económicos. Llevando al extremo esta lógica, uno se empieza a preguntar: ¿a través de qué modalidades inconscientes entra el poder de la pólvora en los entendimientos rarificados del orden burocrático a nivel estatal? ¿Cómo podría influenciar los imaginarios legisla-

tivos de elección, deliberación, negociación y decisión gubernamentales? Aunque este poder pueda señalar y anunciar el lenguaje de calibre, municiones, pertrechos y fuerza abrumadora, el sentido en el que busco analizarlo evita todas estas lecturas tan estrechamente materialistas y limitadas, mientras que intenta documentar sus formas de “objetificación” a través de múltiples procesos de significación (Keane, 2006).

Es precisamente en este sentido en el que argumento que el poder de la pólvora es la tensión principal que atraviesa a *La Sierra*: similar a la calidad espectral de la ley en la que la sombra de la violencia creadora de leyes siempre cubre a la violencia preservadora de la ley, la proyección interpersonal el arma es una forma curiosa de ejercer fuerza: estando en el mundo sin pertenecer enteramente a él? En otras palabras, el arma de fuego es el más prótesis de los aparatos modernos (es decir, una extensión terminal de la voluntad que perturba a todas las metáforas orgánicas y relaciones mundanas), lo que afecta directamente al autogobierno y al gobierno de cualquier mancomunidad. El poder de la pólvora como tal puede ser discernido dondequiera que la posesión de armas de fuego se identifique con la posesión de espíritu, el núcleo secular pero oculto de las teologías políticas interestatales y nacionales contemporáneas (Garcés, 2010).

La liberación del poder de la pólvora a través de toda la expansión local y mundial de ejércitos privados —la innegable política de los últimos 25 años— puede de hecho demandar un examen a profundidad de la portación de armas como una práctica fantasmagórica, es decir, la aplicación armada del sueño de la soberanía, un proceso cultural que: a) reconstituye local e interpersonalmente la “posesión” de la vida; y b) remedia tecnológicamente las “cualidades” de la virtud y el ser masculinos. Estos procesos cruelmente vitales vienen de las profundidades de los cimientos patriarcales políticos y económicos de la nación-Estado moderna.

Así, *La Sierra* puede ser vista como un estudio limitado sobre el poder de la pólvora y sus modalidades de reproducción tradicional. Los cineastas-productores Scott Dalton y Margarita Martínez consideran su trabajo un viaje documental a través del conflicto civil de Colombia que explora el lado oscuro machista de la violencia en la vida cotidiana de los ciudadanos marginalizados. Según dicen estos primeros, “queríamos mostrar que mientras más se acerca uno a un lugar como *La Sierra*, donde los hombres jóvenes están profundamente involucrados en la guerra y la violencia, más se da uno cuenta de que no se trata tanto de luchar por una causa como de adelantarse, tomar poder y prestigio a través de la violencia, ya que éstos no están disponibles a través de medios normales y pacíficos”.

La película etnográfica se opone a evaluar las vidas paramilitares y sus tácticas desde las perspectivas de un discurso centralizado en el Estado, que las demonizaría. Y, sin embargo, la narrativa de *La Sierra* ofrece una mirada sin parangón dentro de las transformaciones más amplias, interculturales e ideológicas de Colombia, que naturalizarían “la democracia a punta de pistola”, revelando al poder de la pólvora como la máquina de guerra sin fin a través de las áreas más asediadas y fragmentadas del Estado contemporáneo.

## 2.

El lapso de tiempo representado en la película retrata un año en la vida de Bloque Metro, un grupo paramilitar dominante en La Sierra. Dalton y Martínez siguen la vida de tres afiliados de Bloque Metro, un par de jóvenes hombres (Édison, de 22 años, y Jesús, de 19) y una mujer menor (Cielo, de 17), cuyos retos y tribulaciones diarias ejemplifican la ecología de la violencia paramilitar. El principal protagonista, Édison, es un comandante que lidera a sus combatientes en una serie de guerras de barrio, originalmente contra la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y ahora contra un grupo paramilitar rival

(Cacique Nutibarra), localizado cruzando el valle desde La Sierra. Este estado permanente de conflicto armado es el escenario traumático del documental entero, con paramilitares involucrándose regularmente en escaramuzas con sus adversarios de la milicia mientras viven bajo la amenaza permanente de ejecuciones extrajudiciales de los equipos móviles de la Policía Nacional. Para estos beligerantes, el conflicto de baja intensidad resulta ser más incluyente que la guerra convencional, ya que ninguna zona del barrio es inmune a la violencia; ningún habitante de La Sierra puede escapar a ser absorbido dentro del frente de batalla y su cultura de terror envolvente.

Aunque la duración de la película está limitada temporalmente, los niveles acumulativos de violencia desatados por los paramilitares en el pasado y en el presente afectan indeleblemente las relaciones de género y generacionales a través del tiempo en múltiples maneras. Cielo es un ejemplo. El esposo de Cielo, un paramilitar, ha sido asesinado por fuerzas de la guerrilla dos años antes de que se filmara el documental; hoy, con 17 años y un niño que sostener por su cuenta, ella lucha por ganarse la vida vendiendo caramelos en buses metropolitanos y, aun así, logra entregar comida regularmente a un nuevo novio paramilitar, encarcelado por razones que el documental deja sin explicación. Cielo deja a su nuevo amante al descubrir que éste inició una nueva relación con otra mujer dentro de la prisión. Ella encuentra rápidamente a otra pareja que no está asociada con la red urbana de Bloque Metro. Esta salvación menor es una bendición a medias, sin embargo.

Efectivamente empobrecida al cortar sus conexiones personales con los paramilitares locales y su red de seguridad política y económica, Cielo ya no puede resistir tomar un trabajo mejor pagado en las industrias sexuales en auge de la ciudad. En lo último que vemos de su amable figura —una chica joven que no cuenta con La ayuda económica de sus parientes—, ella está bailando en un club nocturno en la zona roja de Medellín, donde

trabaja todo el fin de semana para poder financiar la vida independiente con su novio y su hijito.

El dilema de Jesús resulta no menos precario. Tras dejar la escuela en segundo grado, Jesús era parte de una cohorte de adolescentes que se unió a Bloque Metro cuando las bandas de jóvenes del área empezaron a abusar de ellos sistemáticamente. Para 2003, se ha inscrito como un miembro de los paramilitares con una pareja, un hijo recién nacido y una casa modesta compartida con sus amigos. Al parecer tranquilo con su suerte en la vida —al ser entrevistado, Jesús menciona sin demostrar ninguna emoción que morirá joven—, él es también el protagonista visiblemente más herido: ha perdido su mano derecha al construir una granada casera. A través de la película se lo muestra en operaciones paramilitares con pistola en mano (cargada con la ayuda de sus amigos), mientras se balancea con su brazo vendado.

El carácter compuesto de este sobreviviente de guerra está sin embargo temperado con una determinación fatalista. Aun cuando el grupo paramilitar firma un armisticio con el gobierno colombiano, Jesús no puede desmovilizarse con otros combatientes de Bloque Metro. Para poder procesarse formalmente como ex combatientes, todos los milicianos que participan en la entrega ceremonial de sus armas livianas deben primero presentar sus papeles de identificación para registrarse. Pero, tras haberlos perdido o al no poder presentar sus documentos oficiales, Jesús no puede desmilitarizarse y, por lo tanto, pueda seguir siendo considerado un enemigo del Estado. La última vez que lo vemos, lo encontramos desempleado y sentado en una silla en frente de su modesta casa, arrullando a su hijo.

La expresión más clara de los reclamos soberanos de poder de la pólvora en las vidas de los residentes de la Sierra se encuentra en una entrevista a un comandante paramilitar a menos de diez minutos del inicio del documental que dura ochenta y cuatro minutos. Con sólo 22 años pero ya un veterano de

guerra de siete años, Édison está sentado en un promontorio en La Sierra con la mirada perdida en el otro lado del valle, mientras discute la precariedad de su vida como combatiente de barrio. En su mundo de alto riesgo, poseer armas de mano se convierte en un rito de paso masculino: “La primera vez que sostuve una pistola en mis manos”, explica, “pensé ‘Caramba, sé lo que debía saber’. Después, cuando la disparé, tuve la sensación de lograr algo. Como alcanzar una meta. Incluso pensé que, si moría entonces, ya conocía lo que quería conocer.”

Contrario a la mayoría de las investigaciones sobre políticas de proliferación de armas, lo que resalta en esta narrativa es la justificación holística de Édison para su uso personal del poder de la pólvora. En contraste a su historia, los expertos en políticas gubernamentales y privadas adoptan el discurso internacional de control de armas y el lenguaje de los derechos humanos cuando discuten la proliferación de armas y sus tecnologías sociales. En las palabras de James C. Scott (1999), los expertos en políticas nacionales e internacionales deben primero “ver como un Estado” para poder involucrarse en recomendaciones privadas/públicas “pragmáticas”, viendo la violencia armada ilícita como un medio seductor pero éticamente trastornado para ejercer los intereses estrechos de uno. El comandante paramilitar, sin embargo, explica cómo el solo blandir una pistola le confirió una personificación públicamente deseable y completamente integral —o un sentido imperecedero de sus libertades y límites personales— como líder de su comunidad. La portación de armas, en este sentido, jamás resulta como un medio para alcanzar un *cierto* fin, sino en sí mismo siempre el fin de la *existencia* basada en comunidad armada: un fin, además, “sin fines”, en tanto que el poder de la pólvora —las dimensiones autoritativas de la portación de armas ya considerado como una especie de performatividad— debe ser siempre llevado a cabo localmente, reinstanciado y perpetuamente realizado. La seriedad mortal

de empuñar armas de fuego, si tomamos su aseveración seriamente, es la culminación del desarrollo viril de Édison como un poderoso aunque atribulado miembro de su propia comunidad.

¿Debería la audiencia tomarle la palabra al comandante paramilitar, especialmente cuando los editores tendenciosamente lo muestran usando un pasamontañas en la próxima secuencia, llevando a cabo vigilancia en La Sierra, armado hasta los dientes y preparado a enfrentarse a las fuerzas enemigas? ¿Deberíamos compartir la confianza invariable de los cineastas en su 'protagonista'? A través de todo el conflicto guerrilla-militares-policía-paramilitares de Colombia, miles de individuos han perdido sus vidas en el lado equivocado de un arma de fuego. Édison, sin embargo, se ve a sí mismo como un soldado de la paz indispensable, juez, jurado y mariscal, todo en una persona. Cualificando su auto-otorgada licencia para mantener la paz, añade:

No estoy sólo metido en la guerra, en disparar y estar con mis hombres; pienso mucho respecto a la comunidad. Las comunidades marginales tienen más problemas. Los vecinos se pelean o no se llevan bien. Chismean al respecto y se forma toda una cadena de problemas. Así que hay que entrar. O, más bien, la gente quiere que uno entre porque es la autoridad. Es como que uno es el juez... Uno tiene que entrar y arreglar las cosas.

Así, a Édison se lo puede observar negociando disputas de alquiler y otras formas de conflicto con los hombres y mujeres de clase trabajadora de *La Sierra*. “Ésta es una verdadera causa,” dice. “Es por mi comunidad, mi barrio. Es algo por lo que estoy luchando. Imagínese que las guerrillas del ELN se metieran aquí. A muchas familias se les obligaría a irse. Muchos de mis amigos tendrían que irse o ser asesinados. Eso sería la derrota. Y nunca se puede pensar en la derrota”. Édison claramente no es una parte desinteresada en el derramamiento de sangre que envuelve a su comunidad; sin embargo, abandonar La Sierra para un paramilitar sim-

bolizaría una forma de muerte social: el exilio autoimpuesto y la pérdida —o el asesinato— de amigos, familia y colegas asociados. El portar armas no es sólo la moneda que mantiene a Édison vivo; es el objetivo principal —o la narrativa maestra— en la coreografía de sus privilegios excepcionales a través de La Sierra.

El subargumento más subversivo de La Sierra, se podría decir, es la agresividad particular y la inquietud imprudente con la que Édison busca nuevas amantes y finalmente logra hacer malabares manteniendo a su esposa y a las seis mujeres, de 14 años de edad la más joven, que le han dado ocho hijos. Los cineastas permiten a Édison proveer detalles abierta y embarazosamente sobre cómo, en su manera descarada de decirlo, “las chicas por aquí están desesperadas por el sexo”, especialmente cuando ven a un comandante paramilitar con un arma, una motocicleta y recursos sin fin a su disposición (una afirmación que su primera esposa y las demás corroboran al hablar de su atractivo barrial en sus propias entrevistas).

Dalton y Martínez filman a hombres y mujeres desviviéndose por Édison, lanzándose a abrazar a este comandante paramilitar y llenándolo de halagos sexuales no solicitados. No sólo es su retrato de la capacidad de Édison para comandar el poder de la pólvora a su favor, en sí de acción y autoritativa —una representación peligrosamente mimética de este poder—, sino que los editores del documental activamente indican sus aplicaciones pedagógicas. La entrevista/confesión de Édison al inicio de la película equivaldría al ejemplo más ilustrativo; en ella afirma que, simplemente, “cuando eres joven quieres las cosas duras. Si alguien tiene una pistola, quiero ser parte de ese grupo. Quiero tener la pistola. Quiero dispararla”.

En todo el documental, se hace al observador afirmar esta aseveración al ver a muchos niños de La Sierra observando a los paramilitares al operar armas de mano. En una escena en particular, Édison y un amigo inspeccionan



mutuamente sus armas junto a un parque infantil donde un grupo de niños no mayores de diez años están observándolos meditativos. En otra escena, un joven paramilitar muestra su arma a manera de chiste para el camarógrafo, flexionando sus músculos y diciendo “Rrrambo”, mientras sus amigos se ríen de este gesto, que se atreve a combinar la realidad de La Sierra y el imaginario social imperial y mundial reciente del poder de la pólvora. En otra escena más, Édison regaña a un paramilitar púber por no manejar correctamente la munición para su rifle de asalto A-14; luego, personalmente, carga la subametralladora, camina por un callejón cercano y vacía toda la carga del arma en frente de un niño que está sentado pacientemente, mirando el espectáculo a muy corta distancia. A la mañana siguiente, una mujer mayor aparece muerta en la calle cerca del edificio contra el que Édison disparó.

A mi manera de pensar, el retrato más brutalmente forense del poder de la pólvora pueden ser las reflexiones silenciosas de Édison respecto a la vivacidad de su hijo de tres años, particularmente cuando afirma que

puedo comunicarme más con él porque ya puede hablar como una persona común. Dice que tiene cinco novias. Y le encantan las motocicletas, como a mí. Lo pongo en mi motocicleta. El intenta hacer todo lo que yo hago. Con la educación que está recibiendo va a dar problemas. Él me dice: ‘¿Papi, donde está tu pistola? ¿Papi, tengo un rifle!’.

La narrativa de la película sugiere que para los habitantes urbanos de La Sierra no hay cómo escapar de las proyecciones del poder de la pólvora hacia adentro y hacia fuera, hacia la familia y la reproducción política y económica. Los argumentos afectivos y colectivos de este documental —desde la impresionante ejecución sumaria de Édison al ser rodeado por la Policía Estatal, a las aspiraciones trágicamente cortadas de los otros protagonistas de la película— son todos aparentemente atribuibles al poder de la pólvora, una pedagogía local y condición básica para el amor

y la comunidad. Ver este documental desde la perspectiva del arma de fuego como un nodo clave de múltiples tecnologías sociales, sin embargo, muestra cómo esta tragedia de violencia en lento desarrollo mantiene a los miembros de Bloque Metro atrapados en una red de deseo, estabilidad, licencia brutal y oportunidad. El ciclo de marginalización urbana, de violencia armada y de una muerte prematura para los jóvenes militantes se repetirá indefinidamente.

### 3.

El poder de la pólvora. El fin sin fines. Y de vuelta al inicio. La primera escena del documental abre con una representación del conflicto de baja intensidad de Colombia digna de los *Desastres de la guerra* de Goya. La cámara de video encuadra a una joven figura masculina, contorsionada y sin movimiento, yaciendo supina en la orilla de un canal de drenaje urbano, con su camisa ensangrentada contrastando con la frondosa vegetación. La inmediatez transformadora de vida del poder de la pólvora le es inequívocamente evidente a quien ve el documental, quien permanece tan impresionado, tal vez, como la muchedumbre que se ve reuniéndose alrededor de la víctima en un silencioso y extraño asombro por la capacidad que las armas de mano tiene para reclamar otra vida más de los barrios.

Haciendo un *zoom* a la quebrada de concreto, Dalton enfoca la atención al torso y la cara de la víctima, capturando las moscas ahora en manada alrededor de los ojos, nariz y boca sin vida del chico. Uno trata de imaginarse cómo, en este caso, considerar el dolor de los otros —cómo la opacidad de la violencia junto con cualquier medio que diga representarla— puede en sí perpetuar una forma de violencia (Sontag, 2004). El ensamblaje editorial de las grabaciones de Dalton no es nada menos que una pornografía de la violencia, o, tal vez, una obsesión fetichista con contabilidad corporizada por la violencia misma; la atribución de significado trascendente a escenas de heridas



mortales es aún más violenta cuando uno mira para el otro lado. De una forma u otra, dos mujeres descorazonadas de relación incierta con la víctima, quienes son completamente desconocidas a la audiencia del documental, ahora se sientan sosteniendo la cabeza y el cuerpo del joven. La película entonces corta a otra escena. El final del inicio, *La Sierra* parece sugerir, llega cualitativamente más rápido en esta parte del mundo.

Un grupo de colombianas no mayores de quince años ahora ayudan a una amiga desconsolada a caminar lejos de la escena mientras ella repetidamente, entre desmayos y ahogos, expresa su incredulidad de que “el padre de mis hijos” ya no esté, preguntando en voz alta a todos y a nadie en particular: “¿Por qué me lo quitaron? ¿Por qué?”. Esta brutal puesta en escena es dejada sin narración más allá del *shock* expresado por una chica desconocida, rápidamente acompañada al final de la calle y alrededor de la esquina, más allá de la mirada omnisciente de la cámara. La audiencia no conocerá nunca los detalles del asesinato de este joven: *La Sierra* hará a su muerte intercambiable con la de otros hombres del área.

El documental, en vez de darnoslos, corta a un regordete tendero grabado mientras habla detrás de las barras de su propia tienda. El tendero presta palabras de parsimonia bíblica o de potencialidad alegórica para explicar el significado de este asesinato: “Los de allá matan a los de aquí porque son de aquí. Y los de aquí matan a los de allá porque son de allá. Son muchachos, los muchachos... Estamos en manos de muchachos armados. Eso es todo el problema. Estamos en manos de muchachos armados. La vida de nadie vale nada”. La imagen poco iluminada de este orador maduro encerrado en una prisión de su propia fabricación protectora proyecta, junto con su voz de certeza conocedora, un aura de resignación profética, y dirige la atención a los horrores más profundos e intratables de la violencia soberana en Colombia.

El problema de la juventud armada necesita traducir los términos “armas de

mano” y “niños” de su lenguaje de La Sierra a otros idiomas, traducciones interculturales que, aun cuando descritas de manera clara, usualmente continúan impensables para las élites de la clase alta latinoamericana, en Medellín y en otros lugares, que viven detrás de sus enclaves urbanos altamente fortificados, y eso sin mencionar la distancia geográfica y cultural de la audiencia norteamericana. Mientras mis preocupaciones específicas en este ensayo tienen que ver con las transformaciones recientes del poder de la pólvora en Colombia, la sugerencia del tendero de que el problema de la niñez yace en el corazón de la violencia armada contemporánea no carece de perspicacia y resonancia crítica. Por toda Latinoamérica, los académicos de la niñez han documentado cómo se espera que los jóvenes de la clase trabajadora contribuyan de alguna manera al hogar. Lo que los moralistas de la clase alta y los campeones de los sistemas de valores del Atlántico Norte defienden a priori —es decir, que la niñez es un estado universal de inmadurez emocional y corporal o un tiempo de educación, juego y desarrollo protegido— resulta arriesgadamente irreal y juvenil para las comunidades como La Sierra.

Se espera que los jóvenes de todas las edades en los barrios marginales participen en el trabajo familiar, ayudando al hogar o a encontrar trabajo externo para ingresos suplementarios. De ahí que la “viveza criolla” y el “Cada niño trae su pan bajo el brazo” de la región andina demuestran no sólo el ampliamente adoptado sentimiento pro-natalista de que la falta de recursos financieros no debería disuadir a las mujeres de tener hijos; el dicho también insinúa que los niños se tornarán parte de la capacidad del hogar para producir y cuidarse a sí mismos desde temprano en su desarrollo individual.

La integración de los hijos en el modo de producción de la familia es de hecho un proceso tan común que no requiere una justificación elaborada. Así que cuando el tendero dice “Estamos en manos de muchachos armados... La vida de nadie vale nada”, habla de mucho

más que la descomposición social de los suburbios de Medellín regularmente visitados por la violencia paramilitar. En un destello de perspicacia, alude al derribo generacional de las deudas y responsabilidades interpersonales incrustadas dentro de las estructuras imaginadas de la vida familiar de La Sierra: un cambio dramático en las políticas diarias de cuidado de la reproducción del hogar, y hacia la creación de vínculos igualmente afectivos de lealtad y trabajo cooperativo entre los grupos armados machistas y sus dependientes. El análisis sostenido de la relación entre el poder de la pólvora y las afinidades electivas esperarán a ser discutidas en la antropología de la familia. Esta transformación de filia-ciones y afiliaciones en La Sierra, sin embargo, presenta signos premonitorios de que la des-regulación y la privatización de la fuerza letal han empujado al Estado lejos del *oikos* —el hogar como un modelo de bienestar común— y silenciosamente han comenzado a promover la *communitas* del poder de la pólvora, la profunda camaradería y falsa inmunidad de aquellos armados privadamente como la metáfora básica para la soberanía del Estado.

#### 4.

“¿Por qué me lo quitaron? ¿Por qué?”. Los antropólogos, historiadores y científicos políticos de Colombia han intentado hasta cierto nivel, aunque con sospechosa falta de pasión, entender la historiografía y la fenomenología de la pregunta de esta joven madre. En los llamados “conflictos de baja intensidad”, la crítica intelectual está severamente comprometida por la necesidad de mantenerse a uno mismo más allá del alcance del poder de la pólvora. Uno de los aspectos más trágicos de la privatización de la fuerza armada y el surgimiento de los ejércitos privados, en los Andes y en otros lados, es la huida de los académicos de esas áreas de investigación que se han convertido en frentes de batalla fratricidas. Pocas monografías de Colombia transmiten actualmente el tejido de intereses en intersección y

la complejidad historiográfica que asociamos con la investigación etnográfica a largo plazo y en primera persona (aunque véase, por ejemplo, Taussig 2003). En mi opinión, *La Sierra* sobresale etnográficamente como el relato empírico más convincente de la violencia guerrilla-militares-policía-autodefensa que barre por toda Colombia.

Antes de que inicie *La Sierra*, sin embargo, el espectador lee el siguiente comentario con los hechos básicos de la situación colombiana, en líneas de texto blanco sobre un fondo negro:

Durante la última década, más de 25 mil personas fueron asesinadas en el sangriento conflicto civil que asola a Colombia. En 40 años, este conflicto ha pasado de la jungla a ciudades como Medellín, donde las bandas urbanas se han unido a la guerrilla de izquierda o a los grupos paramilitares de derecha. En enero de 2003, cuando se comenzó a grabar este programa, ambas facciones rivales luchaban por el control de los barrios pobres a las afueras de Medellín.

Sería difícil desacreditar esta sinopsis del pasado reciente de Colombia. Aun así, vale la pena reflexionar junto con la audiencia de la película respecto de este bosquejo empírico del conflicto. Consideremos el siguiente set de verdades generalmente aceptables:

- a. Las palabras en este texto son tan básicas y tan comúnmente entendidas, que uno podría sentirse avergonzado de repetirlas cándidamente en conversaciones serias acerca de los detalles de los cambios de políticas con trabajadores en derechos humanos, académicos o críticos de la violencia política en Colombia.
- b. Estas palabras iluminan un cierto tipo de sentido común para la mayoría de los reales espectadores del documental —sean colombianos o extranjeros—, quienes las consideran como un antecedente para un entendimiento general del conflicto en trazos históricos generales, o una vista

aérea desde la cual uno puede descender a los detalles de un libro, artículo o interpretación crítica más académicos de la violencia paramilitar actual.

- c. Estas palabras son casi risibles por ser tan tendenciosamente imprecisas, o, más precisamente, carentes de importancia, respecto a la circunstancia particular de cualquier herido individualmente o personalmente afectado por las crueldades causadas a amigos, familia, vecinos o personas centrales de su vida. Lo que realmente importa al analista de este conflicto continuo, en comparación, son las configuraciones locales de brotes episódicos de actos de violencia específica.

Diciendo todo y nada a la vez, en el análisis final:

- d. Estas palabras proyectan el conflicto guerrilla-paramilitares en Colombia como si fuera filmado a través del barril de significantes históricos vacíos, como una bala moviéndose más rápido que el sonido y dejando una estela en expansión de realineación audiovisual a su paso: imposible detectar, en otras palabras, hasta que son capturadas en la película. Estoy seguro de que los colombianos conocen el sentimiento. La fuerza actual de este movimiento incensurable permanecerá invisible hasta ese preciso momento “inanunciable” en que su bien calibrada pero brutalmente pragmática forma en efecto te golpee: como una disrupción de la integridad o autonomía del cuerpo humano, o como la pérdida de alguien muy cercano o querido, o tal vez como el momento de mayor sorpresa cuando uno empieza a discernir el poder de la pólvora como la más repudiada organización en la condición social económica y política de uno.

La primera farsa de consenso general, en otras palabras, es que la historia reciente de Medellín

puede en verdad sobresalir como un paradigma de la violencia nacional, exhibiendo un set de tensiones en continuo desarrollo y alianzas provisionales entre los militares, la guerrilla, la policía y las autodefensas. Pero Medellín no es toda Colombia. Ni tampoco es Colombia reducible a una dicotomía que se autoperpetúa entre las guerrillas izquierdistas y los paramilitares de derecha, idealmente y por siempre reproduciéndose a sí mismos. Y tampoco pueden los conflictos internos políticos y económicos de larga data, tan bien documentados desde fuera, ser concretados a través de las aún mayores reversiones traumáticas de esta lógica maniquea, es decir, de los horrores inclasificables y no asimilados de la “guerra de baja intensidad”, con los guerrilleros paseándose como si fueran autodefensas multiculturales y absolutistas, brutalmente intolerantes de cualquier desliz en la disciplina ortodoxa del partido, o las organizaciones paramilitares de autodefensa convirtiéndose en la principal máquina de asesinatos preventivos y extrajudiciales del país.

La segunda farsa, una burla de los esfuerzos de buena fe para mitigar la violencia en Colombia, es el callejón sin salida de los intereses privados, siempre enfrentados contra el bien público en guerra perpetua: un proceso propulsado por la rapacidad histórica del sistema de Hacienda y la financiación de los mercados nacionales —procesos lastimosamente dejados fuera de la narrativa del documental—. La privatización de la fuerza letal, en particular, yace en el corazón mismo de este colapso moral y político (cf. Hylton 2006); sin embargo, lo opuesto a este dilema es seguramente no menos sospechoso: la mera noción de que cualquier Estado tiene un derecho verdadero en el monopolio de la violencia legítima es en sí el símbolo maestro de la organización autoritativa y de acción de las crueldades armadas; por lo menos, es la primera entre las abstracciones más sádicas del mundo. En cualquier caso, este “problema colombiano” está actualmente atado a la dispensación libre de armamentos de

mano y aparatos explosivos por todo el país, que implica la importación, distribución, compra, procura, redistribución y uso diario de armas de mano tanto populares como oficiales. Y esto no es todo. Sugiero que incluso el recuento del amplio espectro del conflicto civil colombiano, alimentado por la proliferación descontrolada de armas de mano, es eventualmente traicionado en la narrativa fílmica de *La Sierra*.

El mayor punto ciego del documental, y probablemente el más imperdonable, es hasta dónde los cineastas enfocaron toda su atención en el universo moral de Bloque Metro, o el surgimiento y la caída de los equipos paramilitares urbanos, excluyendo a las unidades de policía militares o de la guerrilla. Pues una de las más poderosas lecciones del último cuarto de siglo en Colombia es lo fácil que resulta que el poder de la pólvora se convierta en una máquina de guerra cuando es liberado y públicamente apropiado para defender los intereses privados, siempre elusivos y en constante renovación, sobre los bienes públicos. Aunque *La Sierra* habría perdido su enfoque en el espectro del poder de la pólvora al ampliar su envergadura comparativa, creo que los futuros historiadores verán esta película como una introducción moral y política a un entendimiento más de la influencia social de la portación de armas, así como su relación íntima con las modalidades que desembocan en la violencia. He argumentado que un “fin sin fines”, el espectro del poder de la pólvora, no podrá jamás dejarse de lado hasta que comprendamos su actual ontología política como fuente de sustento y signo de masculinidad descontado. □

## Bibliografía

- Benjamin, Walter (1978). “Critique of Violence”. En *Reflections: Essays, Aphorisms, and Autobiographical Writings*. Nueva York: Schocken Books. (p. 277-300)
- Dalton, Scott y Margarita Martínez (2005). *La Sierra*. 84 minutos. First Run Features.
- Garcés, Chris (2010). “The Cross Politics of Ecuador’s Penal State”. *Cultural Anthropology* v. 25, n. 3. (p. 459-496)
- Hylton, Forrest (2006). *Evil Hour in Colombia*. Nueva York: Verso.
- Keane, Webb (2006). “Subjects and Objects”. En *The Handbook of Material Culture*, Christopher Tilly, Webb Keane, Sussanne Kuchler, Michael Rowlands y Patricia Spyer (eds.). Nueva York: Sage Press. (p. 197-201)
- Scott, James C. (1999). *Seeing Like a State: How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Shmitt, Carl (2006). *Political Theology: Four Chapters on the Concept of Sovereignty*. Chicago: University of Chicago Press.
- Sontag, Susan (2004). *Regarding the Pain of Others*. Nueva York: Picador.
- Taussig, Michael (2003). *Law in a Lawless Land: Diary of a Limpieza*. Nueva York: The New Press.